



Ana Alcolea

Donde aprenden
a volar
las gaviotas



Arturo pasa sus vacaciones de verano en Noruega con su amigo Erik. La casa en la que viven se asienta sobre los cimientos de un campo de concentración nazi de la Segunda Guerra Mundial. Un día, mientras cavan un hoyo en el jardín para plantar un árbol, encuentran una caja de metal, cerrada a cal y canto. La investigación para conocer su contenido llevará a los jóvenes a una lejana cabaña en medio de las montañas, a una vieja casa de pescadores en la fría y agreste costa norte de Noruega, y al pasado misterioso de la enigmática abuela de Erik.

Para Jørgen, que me enseñó a disfrutar y a amar Noruega.

*Para mi padre, juntos descubrimos el lugar donde
aprenden a volar las gaviotas.*

*Para mi prima María José, que me animó a escribir esta
novela.*

Para todas las Elsas.

Y para mamá, siempre.

1

Me llamo Arturo

Mis padres se dieron su primer beso de verdad en el cine, mientras veían la película Excalibur. Por eso, yo me llamo Arturo y mi hermana se llama Morgana. Lo mío tiene pase, lo de mi hermana, menos; pero como soy muy positivo por naturaleza y siempre miro la mejor cara de las cosas, tiendo a pensar que podía haber sido peor. Sobre todo si tenemos en cuenta que a mí podían haberme puesto Merlín y a ella Ginebra. Eso no lo hubiera aguantado ningún hijo, por muy comprensivo y tolerante que fuera.

Esa obsesión por la cultura inglesa y la germánica hizo que mis padres viajaran mucho por Europa y se aficionaran a la mitología escandinava: Odín, Tor y todo eso. También estaban fascinados por los vikingos, de los que mi padre incluso llegó a escribir un libro que recreaba el primer descubrimiento de América por parte de Erik el Rojo. Este libro ponía de muy mal humor a mi abuelo, que siempre había sido muy patriota con eso de Colón y el descubrimiento y que toda su vida se negó a creer que el almirante hubiera nacido en Génova. Mi abuelo Cristóbal (ah, casualidades del destino) sigue sosteniendo la teoría de que su tocayo nació en un pequeño pueblo de las Baleares llamado Porto

Colom, que se convirtió en una colonia germana en los años sesenta...

Pero lo que voy a contaros no pasó en Mallorca, sino mucho más al norte, cerca del Ártico: mi madre se empeñó en que yo empleara aquellas vacaciones de verano para mejorar mi inglés... ¡en Noruega!

Había suspendido esa asignatura en tercero de la ESO, lo que era demasiado terrible para la vanidad de mis padres. Así que decidieron que tenía que aprender la lengua de Shakespeare como fuera. Para ello, nada de cursos en Inglaterra con otros españoles, no. Un verano en Noruega, donde todos hablan inglés y donde, además, me sumergiría en la historia y la vida de los vikingos, padres de los normandos, padres a su vez de los ingleses. En fin, una lógica rocambolesca que entonces no entendía y a la que, en un principio, no le vi ninguna gracia. La verdad es que estaba muy enfadado. Mis padres y Morgana se iban a pasar el verano a la playa, a Peñíscola, con Carmen, la amiga de mamá, que tenía unas hijas estupendas. Con ellas veíamos mucho cine, que entonces era mi máxima afición, y en Semana Santa tocábamos el tambor en Calanda, donde vivían. Pero nada, me quedé sin películas, sin playa, sin mis amigas, y me empaquetaron rumbo a Noruega con una familia a la que no conocía. El padre era colega del mío en una universidad y experto en algún rey islandés de las sagas, que son esos poemas épicos nórdicos que están llenos de sangre, batallas y cabezas cortadas. La madre trabajaba en una fábrica de chocolates. Tenían un hijo que, por supuesto, se llamaba Erik y era rubio como la cerveza. El símil me ha venido a la mente por una canción que oía mucho mi madre por las tardes cuando venía de trabajar, mientras se cambiaba de ropa. Le gustaba cantarla haciendo una segunda voz a la cantante del disco. Mi madre tenía una bonita voz, sí; pero esa es otra historia.

2

Erik, mi amigo vikingo

Un tren y tres aviones tuve que coger desde Zaragoza hasta Trondheim, que está en el centro de Noruega y es la tercera ciudad del país. Llegué después de pasear todo el día entre nubes y aeropuertos. Me esperaba toda la familia: el padre, que se llamaba Ivar; Inger, la madre, de larga melena rubia, que parecía sacada de un cómic; y Erik, el hijo, que me llevó las maletas hasta el coche. La primera impresión que tuve de Noruega fue que a finales de junio hacía frío, y la segunda que había mucha luz: a pesar de haber aterrizado a las once y media de la noche, los rayos del sol aún se veían sobre el fiordo.

Erik y yo hicimos muy buenas migas enseguida. Íbamos juntos a todas partes. Él era muy rubio y yo muy moreno. Al principio me chocaba que la gente se me quedara mirando: en Zaragoza nadie me miraba por ser moreno. Soy un chico normalito, del montón, ni muy alto ni muy bajo, ni guapo ni feo, ni tengo los ojos saltones ni las manos demasiado grandes. Muy vulgar. Además, no me gusta llamar la atención. Cuando era pequeño, los demás chicos se metían conmigo por lo del nombrecito de mi hermana. Como somos gemelos, íbamos a la misma clase y siempre tenía que defenderla. Lo pasaba mal. Hubiera preferido quedarme en

un rincón o en mi pupitre tranquilo, pero no, tenía que argumentar —y a veces pelearme por ello— que llamarse Morgana era tan normal como llamarse Andrea, Lorena o Laura, que era como se llamaban casi todas las chicas de mi clase.

El caso es que en el colegio siempre se fijaba todo el mundo en nosotros: primero, por ser gemelos y parecernos hasta en los movimientos; segundo, por los nombres; y tercero, por las dos cosas al mismo tiempo: a veces nos confundían y a mí me llamaban Morgana, y a ella Arturo. A mi hermana, el error le hacía gracia, incluso se dejaba el pelo cortísimo para fastidiar; pero yo odiaba que me llamaran así. Sufría enormemente.

Todo cambió cuando pasé al instituto en primero de la ESO: Morgana se rompió una pierna, la tuvieron que operar varias veces y tuvo que repetir curso en el colegio. ¡Me alegré, he de confesarlo! Pude ir solo al instituto, que era lo que más deseaba. Por fin, pude ser yo, sin que nadie me llamara Morgana. Allí fui uno más y no llamé la atención de mis compañeros. Entonces, me parecía estupendo ser como los demás, pasar desapercibido. Ahora me encanta ser un poco diferente y acepto mis rarezas, pero durante los años de la adolescencia uno quiere ser como todos, pertenecer a un grupo y no quedarse fuera.

El resultado fue que me sentí mucho mejor conmigo mismo y con los demás; nadie me miraba como un bicho raro ni dentro ni fuera de la escuela. Por eso, cuando paseaba con Erik en Noruega y notaba que la gente me miraba, me pareció que volvía a los años del colegio. Pero no, no era así; allí me miraban porque en un país de rubios yo era rarito y exótico, sin más.

3

La historia del búnker alemán

Dos días después de mi llegada, aquella ciudad me parecía aburrida: a las cinco de la tarde ya estaba todo cerrado y no había casi nadie por las calles de nuestro barrio, que estaba a las afueras. Cada trayecto de autobús costaba veinticinco coronas, o sea, tres euros, y pedalear hasta el centro en bicicleta no tenía ninguna gracia, así que entre el enfado que llevaba por no estar con el resto de mi familia en la playa y cierta sensación de no hacer nada, lo estaba pasando fatal. Nadie en la casa hablaba mi idioma, así que me tenía que esforzar constantemente para hablar y entender inglés. El padre de Erik, el superprofesor, me miraba como si fuera un bicho raro: no concebía que a mis quince años todavía no fuera capaz de seguir una conversación en inglés, como hacía allí todo el mundo a esa edad. Me metía en mi habitación, intentaba estudiar, aprender frases para luego emplearlas con la familia; pero, claro, aquello no funcionaba. Si aprendía cómo hacer el futuro e intentaba decir algo como: «Mañana iré al mercado para comprar pez espada», pues resultaba que allí no había pez espada y que la conversación en la mesa giraba en torno a lo que había ocurrido el día anterior en el polideportivo, o sea, que lo que debía haber repasado eran los verbos irregulares en

pasado. En fin, que los primeros días fueron dignos de una pesadilla en blanco y negro. Erik me sonreía solo con media boca: desde el principio me pareció un signo de solidaridad con mi situación. Él tampoco se iba de vacaciones aquel verano gracias a mí; no obstante, intentó ser amable desde el primer momento, y eso ayudó a que fuera perdiendo mi miedo a hablar en inglés, y mi vergüenza a meter la pata. Después de una semana escuchando otro idioma, me decidí a intentar hablar yo también. Al principio, apenas me entendían, pero poco a poco lo fui haciendo menos mal, hasta que ya no me importó ser correcto, pero sí hacerme entender. ¡Y lo conseguí! Eso era más importante que saber escribir la respuesta correcta en aquellos horribles exámenes tipo test del instituto. Sí, podía comunicarme con una gente estupenda, y eso era mucho mejor que los verbos con preposición.

Un día, el padre de Erik compró un árbol nuevo para el jardín: un cerezo japonés que aguantara las bajas temperaturas del invierno nórdico. Mi amigo y yo empezamos a cavar en la tierra justo delante del seto que nos separaba de la calle. Mientras lo hacíamos, su madre, que había empezado a darnos instrucciones, comenzó a contarnos una historia familiar, que, extrañamente, Erik no conocía.

—¿Sabéis por qué esta casa no está orientada hacia el sur, como todas las otras del barrio, sino hacia el oeste? ¿No os lo habéis preguntado nunca?

Que no me lo hubiera preguntado yo era bastante normal, pues llevaba poco más de una semana en aquel lugar y además, en aquellos tiempos, no distinguía el este del oeste, salvo en las películas americanas; en mi casa de Zaragoza siempre daba mucho el sol, pero no sabía de dónde venía: los altos bloques de mi barrio no dejaban ver ni la salida ni la puesta del astro rey, así que nunca me había preocupado por ese detalle. Lo raro era que Erik, que llevaba los quince años de su vida viviendo allí, tampoco se hu-

biera dado cuenta nunca. Estaba claro que no era ni muy observador ni muy curioso.

—Aquí hubo un campo de concentración durante la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial.

¡Un campo de concentración! Me entró un escalofrío por la espalda, que se irguió como accionada por un resorte. Había estudiado el tema en mis clases de Historia, pero, sobre todo, había visto muchas películas ambientadas en la guerra. No podía evitar ponerme en el lugar de aquellas personas que soportaban lo inimaginable mientras esperaban el momento en que alguien decidiría sobre su vida. Me vinieron a la cabeza las imágenes con la sonrisa perenne de Benigni en *La vida es bella*, y aquellas otras en que el comandante del campo ejercita su tiro al blanco con los prisioneros en *La lista de Schindler*. Dos películas tan diferentes para contar una misma crueldad: la de la absurda creencia en la superioridad tribal de un hombre sobre otro hombre. Dejé la pala en el suelo para escuchar mejor a Inger.

—En realidad, era un campo de trabajo, no de exterminio. Los nazis trajeron aquí a cientos de prisioneros balcánicos para hacer carreteras y construir bases para sus submarinos en los fiordos.

—Pero, mamá, el campo ocuparía más terreno que nuestra casa, ¿no? ¿Entonces por qué esta posición especial? —La interrumpió Erik, que de repente se había fijado en que su casa rompía el orden lineal del barrio.

Erik era de espoleta retardada. Le costaba reaccionar. Lo miré impaciente, esperando que callase para que su madre continuara su narración. Inger debió de pensar lo mismo que yo:

—Erik, déjame continuar, por favor. Os decía que trajeron a muchos balcánicos, concretamente serbios. Muchos dejaron aquí sus vidas, especialmente en el norte, donde aún existe la llamada «carretera de la sangre». El campo se extendía por todo el barrio, efectivamente, pero justo aquí —y señaló el jardín en el que habíamos estado cavando—

se erigía el búnker del campo, con el cuartel general de los mandos; una construcción casi totalmente sólida y casi indestructible. Cuando el campo fue destruido al finalizar la guerra, el búnker mantuvo algunos de sus muros y casi todos sus cimientos. Por eso, esta casa tiene otra orientación: debajo del jardín todavía hay restos del edificio y cada vez que excavamos para plantar algún árbol salen fragmentos del muro, horribles piedras grises que recuerdan la vergüenza. Incluso en ocasiones nos hemos topado con los cimientos y hemos tenido que irnos con el árbol a otra parte del jardín.

—¿Restos del búnker? —pregunté yo.

Me parecía que mi amigo estaba menos concentrado que yo. Supongo que mi superior atención a las palabras de su madre se debía a que tenía que procesar todo lo que escuchaba en inglés y traducirlo en mi cerebritito. Erik podía escuchar y pensar al mismo tiempo. Claro, eso sería.

—Sí, restos —prosiguió Inger, que no se atrevió a recriminarme por la interrupción—. Lo dinamitaron y una parte de sus muros se rompió en pedazos y cayó sobre las casas. Se rompieron muchos tejados, incluso lejos de aquí. Nadie quería sentir que habitaba el mismo lugar donde se había vivido tanto horror. ¿Os habéis fijado en que el terrero de ese lado del jardín está más levantado que el resto? Esa es la razón: hay algo terrible bajo esta tierra y estos árboles, se guarda el recuerdo del horror, de la vergüenza, de la guerra. De hecho, esta casa era la más barata del barrio. Nadie quería vivir aquí justo después de terminar la guerra. Tardaron años en venderla. Hasta que la compró tu abuelo cuando vino del norte.

—¿Y la abuela? Siempre creí que esta había sido su casa desde que terminó la guerra.

—¿La abuela? No. Cuando acabó la contienda, se marchó al norte, donde conoció al que sería su marido, el abuelo Gunnar...

Cuando Inger pronunció estas palabras, se le ensombreció la mirada. Hasta su piel perdió su brillo dorado y se hizo gris. Entonces supe que un secreto doloroso se escondía bajo aquellas piedras también grises.

—¡Eh, chicos! —exclamó, intentando mostrarse jovial—. Ha salido el sol. Dejad el trabajo, la pala y el árbol y a tumbarse todo el mundo en las butacas para aprovecharlo.

¡Tumbarse al sol! A mí eso me parecía cosa de mujeres que quieren tostarse en la piscina. En la playa odiaba ver cómo se tendían durante horas sobre las toallas, con la arena pegada en la piel engrasada con las cremas protectoras. Y todo para conseguir una piel roja que iba cambiando de color para terminar pelándose. No le veía ningún encanto, la verdad. ¡Y ahora Inger pretendía que yo me pusiera así! De eso nada. Protesté sin ningún éxito; hasta Erik se había quitado la camiseta y se había echado en una de aquellas poltronas de rayas blancas y azules que había en la terraza. Se había embadurnado de una crema que me ofrecía con su media sonrisa.

—Cuando lleves más días entre nosotros, comprenderás por qué los noruegos tomamos el sol en cuanto lo vemos asomarse entre las nubes.

Efectivamente, lo fui comprendiendo: el verano nórdico no es como el de España, donde buscamos la sombra a mediodía. Allí puede hacer bastante frío, aunque sea julio o agosto. Durante los días soleados, todos los noruegos lucen una sonrisa de oreja a oreja, camiseta de tirantes, gafas de sol, y buscan el mejor sitio en la terraza, en el jardín o sobre una bicicleta. Pero aquel día todavía no entendía la magia escondida en el hecho de tomar el sol y me fui a dar un paseo para poder pensar un poco en mi idioma. Tampoco entendía que Inger hubiera interrumpido su explicación sobre el campo de concentración de una manera tan abrupta, ni que Erik no le hubiera preguntado algo más sobre la casa. Yo estaba intrigado. Tenía el estómago encogido.

Aquellas primeras noches me costó dormir en una habitación situada en el mismo lugar donde alguien había sido prisionero de los nazis. Erik no había vuelto a hablar del tema, ni siquiera por la noche, cuando compartíamos aquel mismo cuarto. Se echaba a dormir y dormía. Escuchaba su respiración acompasada treinta segundos después de que hubiera puesto la oreja en el almohadón. Tenía una facilidad para caer en brazos de Morfeo que me asombraba y me llegaba a enfadar. A mí siempre me costaba mucho dormirme, y especialmente en aquellos momentos. Durante aquellos días, cuando lo conseguía, tenía pesadillas: soñaba con prisioneros que vestían un uniforme con la misma tela rayada de las tumbonas del jardín. Yo era uno de ellos. Me despertaba sobresaltado cuando un oficial alemán me apuntaba con su pistola. Mi respiración se aceleraba y Erik seguía durmiendo como un bendito. Entonces miraba a través de la ventana sin persiana. Parecía de día. Hasta que me acostumbré a la claridad de las noches estivales, a veces me levantaba porque creía que eran ya las siete o las ocho de la mañana. Pero no eran más de las dos. En verano hay luz toda la noche. Cuando me despertaba y temía volver a mis pesadillas, me ponía a leer sin encender la luz y así no molestaba a mi compañero. Los primeros días me costó acostumbrarme; además, no entendía por qué no tenían persianas. Al principio me irritaba que saliera el sol por la noche, sobre todo si había estado lloviendo durante todo el día. Pero, después, enseguida disfruté de que no llegara nunca la noche. Era algo muy raro que pronto me empezó a gustar.

En el instituto, el profesor de Ciencias nos había explicado aquel fenómeno del sol de medianoche en el Ártico, pero era algo que estaba muy lejos y parecía muy irreal. Me lo aprendí de memoria para el examen y lo olvidé cinco minutos después, sin llegar a entenderlo. Lo mismo con la aurora boreal, que no llegué a ver en mi primera estancia en Noruega, pero sí varias veces después, en invierno y prima-

vera, cuando las noches son noches: es uno de esos espectáculos de la naturaleza que hay que ver para creerlo, no basta con estudiarlo en un libro. El cielo oscuro se llena de repente de luces en constante movimiento, como si danzaran en ese escenario teatral que puede ser el celeste infinito, tan estático y tan cambiante al mismo tiempo. ¡Increíble!, o lo que es lo mismo, *Helt utrolig!*

Aquellas primeras noches cerraba los ojos y cuando dormía, la pesadilla de la guerra regresaba.

El cielo azul siguió abriéndose paso entre las nubes durante dos jornadas con sus noches. De modo que el cerezo japonés tuvo que esperar.

4

Una caja en el jardín

Como hizo sol y calor durante dos días y medio seguidos, los aprovechamos para pasear con las bicicletas por las orillas del fiordo, para jugar al fútbol en la explanada junto a la fortaleza y para leer tumbados en las hamacas de Inger, esas que luego volvían en mis pesadillas en forma de uniformes de prisioneros.

El día en que el sol volvió a desaparecer entre nubes grises era el cumpleaños de Inger. Por la tarde recibiríamos a toda la familia, y la madre de Erik pretendía tener plantado el cerezo y las demás plantas que había comprado, así que a la primera hora de la mañana ordenó:

—Chicos, vamos a continuar con la preparación del jardín. Coged las palas y a trabajar.

Inger quería crear unos desniveles en terraza para plantar el cerezo y unos cuantos arbustos que había adquirido en el vivero. Pretendía emular los jardines de Babilonia, pero en pequeño, y para ello había que cavar, y mucho. Me preguntaba qué pintaba yo allí, a casi cinco mil kilómetros de distancia de la playa donde estarían jugando con las olas mi hermana y sus amigas. Excavaba en un jardín ajeno, a cada palada salían escombros de un viejo campo de con-